

Puerto Rico Evangélico

"Las islas esperarán su ley." Isaías 42:4.

AÑO 2.

PONCE, PUERTO RICO, FEBRERO 25 DE 1914.

NUM. 16

Puerto Rico Evangélico.

Órgano oficial de las iglesias Presbiteriana, Hermanos Unidos en Cristo, y Congregacional en Puerto Rico, en sustitución de El Testigo Evangélico y La Voz Evangélica.

Published semi-monthly on the 10 and 25 of each month.

Director y Administrador, Philo W. Drury.

Redactores:

Arturo Salguero Font, Mayagüez; E. A. McDonald, Isabela; A. R. Thompson, Lares; José Santana, Ponce; Juan Díaz, Juana Díaz; C. I. Mohler, Yauco; T. M. Corson, Humacao; Juan Robles, Fajardo; Macario Rodríguez, Yabucoa.

SUBSCRIPTION PRICES:

In the United States, Mexico, and Cuba,	50c a year.
In all other countries,	75c a year.

Las suscripciones se pagarán por adelantado.

Administración y Redacción: Calle Jobo núm. 7.

La correspondencia relacionada con la Dirección y Administración deberá dirigirse a PUERTO RICO EVANGÉLICO, Apartado 423, Ponce, P. R.

No se devuelven los originales, publíquense o no.

Son agentes de este periódico todos los pastores de las tres iglesias que cooperan en su publicación y otras personas nombradas por la Administración.

Las suscripciones pueden principiar el día primero de Enero, Abril, Julio, u Octubre.

Entered as second class-matter July 10, 1912, at the post office at Ponce, P. R., under the Act of March 3, 1879.

Editado por la Compañía Tipográfica "Puerto Rico Evangélico."

Fe en los Hombres.

Dios tiene fe en los hombres. Debemos tener fe los unos en los otros. Se habla de la confianza entre los hombres. Esencialísimo es creer les unos en los otros. La fe, convicción sin prueba, es virtud del sabio. Ella participa de lo profético. Uno que cree en la humanidad, ve posibilidades potenciales, sí, el tal inspira al prójimo a lo mejor que hay en él.

La fe en los hombres viene siendo una necesidad natural. En ella se basa toda organización y todo gobierno. La familia como institución más antigua encuentra la posibilidad de su existencia en la confianza mutua

de aquellos seres que la componen. Con el crecimiento de la confianza las familias se congregaban en tribus con su jefe y mientras que se iba fortaleciendo el lazo de la seguridad entre los hombres, se establecieron las monarquías y las repúblicas.

La ausencia de la fe entre los hombres prohíbe la cooperación. La desconfianza fomenta la discordia, causa de la separación, contribuye al retroceso y lleva hasta el extremo de la guerra. Sin la fe no hay progreso. Elemento esencialísimo es ella para la civilización. Por su mano autoritativa solamente existe entre los hombres el espíritu fraternal y se forman fraternidades. De veras es, «La fe que vence al mundo.»

Puesto que la historia de la raza humana demuestra la fe como elemento imprescindible para la unión de los hombres, es lógico que la iglesia aplique los principios de ella en su organización, especialmente en su crecimiento.

Dije que aquel que tiene fe en su prójimo ve posibilidades en él. El profesor ve en el niño, al hombre de negocios, al poeta, al autor o el artesano. Siendo un maestro verdadero, él cree en sus alumnos, los anima e infunde en ellos una confianza en sí mismos, es decir, él despierta la individualidad de sus alumnos. Los niños vuelven de la escuela a sus casas y dicen con un orgullo permisible: «Papá o mamá yo puedo sumar la cuenta, yo puedo escribir la carta,» ellos tienen confianza en sí mismos porque otro superior tiene fe en ellos.

Es preciso despertar en el ser humano confianza espiritual. La posibilidad existe en todos los hombres (verdad es que no me da el tiempo, ni el espacio para discutirlo aquí) pero la mayor parte se asemeja al niño, no saben sus posibilidades. Es preciso que alguien que tenga fe, la demuestre en ellos. El hombre que desconfía de la posibilidad es-

y no encontrar miles de provechosas enseñanzas? ¿Qué pecador por vil que sea no encontrará perdón en la Biblia si observa sus principios? ¿Quién que cuando la tristeza inunda su corazón no encontrará consuelo en la Palabra de Dios?

¿Cuál es pues, la razón por la cual tantos te tiran? Mucho he pensado. Mucho he razonado para encontrar la causa; y al fin en tí misma la he encontrado. Por fin veo porque es que no te aceptan. Ya sé seguro porque es que no te consideran como del todo divina, como pura, como verdadera. ¿Sabéis cuál es la razón? Muy sencillo. Decid, ¿con qué ojos mirará el asesino que acaba de cometer un crimen al fiscal que le acusa, al juez que le condena . . . ?

¿Con qué cara mirará entonces el vil pecador a la Biblia que constantemente le rechaza sus maldades? ¿Cómo considerará el mísero mortal a la palabra de Dios siendo ésta como el ojo de la conciencia divina que todo lo ve; siendo algo sobrenatural que juzga nuestras acciones, que descubre nuestros corazones, que corrige nuestras faltas y condena nuestro pecado?

Claro está que el asesino conceptúa al juez como injusto de la misma manera que los impuros consideran la Biblia como falsa. ¿Y por qué? Porque el juez le hace justicia. Porque la Biblia les dice lo que en realidad son y no lo que el mundo les cree. ¿Qué importancia tiene para Dios tus galas, débil pecador? ¿Para qué quiere Dios tu dinero, si tienes un corazón dañado, un alma vil, un pensamiento contrario a sus deseos? ¿Cómo te querrá Dios si no le crees? ¿Si no oyes su palabra?

¡Tú eres, empedernido pecador, tú eres el falso! Tú eres el orgulloso que te crees con tus adelantos obscurecer la luz de la verdad, que te piensas ser igual a Dios. ¿Acaso olvidaste ya que no eres otra cosa que polvo y a polvo volverás si no te arrepientes? ¿No recuerdas por ventura que eres como una hoja que ufana se mece en su hermosa rama hoy, y mañana va a servir de alimento al suelo de donde nació . . . ? ¡Débil eres en verdad, triste pecador!

Mas aun en tu flaqueza hay quien te salve. No importa tu pasado si te resignas a ser bueno, a ser puro. Ya el momento es llegado. «El reino de los cielos se acerca.» Pen-

sad y decidios. Pensad en vosotros mismos, decid ¿queréis estar muertos para siempre? Seguid en el pecado tirándole a la Biblia. ¿Queréis ser salvos y gozar de la vida eterna? Creed en la santa Biblia, seguid a Cristo.

Y entonces cuando aceptes la Biblia como verídica, cuando tengas a Dios en tu corazón; vivirás para siempre, serás dichoso, serás salvo. Serás como el sol que aunque los cambios del mundo lo hagan de nuestra vista no es porque ha dejado de existir, sino porque va a iluminar en otras partes, porque va a nacer en otros lugares más sublimes que estos; irás a la gloria. Tu espíritu vivirá eternamente . . . Y cuando ya en el mundo no halle trazas de tu persona, cuando ya en tu sepulcro no halla ni las más invisibles cenizas que recuerden tu pasado . . . habrá allá en el cielo una alma que llena de alegrías entone himnos de amor en celebración de tu arrepentimiento, en homenaje a Dios . . . Que así sea.

San Germán.



Carta a Unos Recién Casados

Caguas, Nov. 18, 1912.

Queridos amiguitos:

La primera cosa que hoy quiero hacer es dirigirles esta carta, pidiendo a Dios que su lectura resulte agradable y provechosa en grado sumo.

Por hallarme enfermo no tuve el privilegio de asistir a vuestra boda celebrada el sábado pasado, pero la misma noche recibí muy gratos informes acerca de tan solemne y memorable ceremonia.

Ya que no fui un espectador en la iniciación de un nuevo hogar, en la génesis de una nueva vida, quiero al menos, hablaros algo acerca del paso tan trascendental que acabáis de dar en la misteriosa senda de la existencia humana.

Comienzo por expresar mi esperanza de que seréis felices en vuestro matrimonio. A pesar de vuestra temprana edad, manifestáis singular seriedad en pensamientos, palabras y obras. Y la seriedad es un factor indispensable para conseguir el éxito en todas las relaciones de la vida. Donde no hay formalidad en el pensar, en el hablar y en el obrar, no hay, no puede haber ni orden ni paz.

Además, habéis inaugurado vuestro hogar bajo los benditos auspicios del Evangelio sacrosanto. Siendo fieles a sus enseñanzas, vuestra casa será un espléndido centro de afectos tan hermosos como santos, de paz permanente como intensa, de ideales tan elevados como gozosos.

El Evangelio de Cristo es la gloriosa luz que ilumina, cual ninguna luz lo puede hacer, un hogar bien constituido.

Ahora permitidme agregar otras ideas que creo deben ser expuestas.

La solidez y la felicidad del hogar estriban en el amor que mutuamente se profesen los cónyuges. Comodidades, abundancia de bienes, talento, buenas relaciones sociales, no son cosas despreciables; son, por el contrario, muy apetecibles. Pero todo eso es puramente secundario; lo fundamental es el amor verdadero, que engendra la tolerancia y complacencia recíprocas y la conformidad en las estrecheces y perplejidades de la vida. Este amor hace de dos almas una sola alma, de dos aspiraciones una sola aspiración y de dos destinos un solo destino. Es un oasis exuberante en medio de los desiertos de la vida, una tranquilizadora bonanza en medio de las tempestades del alma. Por eso el proverbista escribe: «Mejor es la comida de legumbres donde hay amor, que de buey engordado donde odio. Prov. 15:17. Y más adelante repite la idea, diciendo: «Mejor es un bocado seco y en paz, que la casa de contienda llena de víctimas. Prov. 17:1.

Y para que la benéfica influencia del amor no se merme, la mujer, que es la reina del hogar, tiene que ser sabia y virtuosa. «La mujer sabia, corona es de su marido.» Prov. 12:4. «La mujer sabia edifica su casa, mas la necia con sus manos la derriba.» Prov. 14:1. La obra más difícil es la de un hogar santo. Y si para levantar un edificio material se requiere grande pericia, ¡cuánto más se necesitará para un edificio espiritual, cuyos materiales deben ser la fe, la esperanza y el amor, y cuyo objeto primordial es la constitución de una nueva familia útil para sí y para los demás, para lo presente y para lo porvenir!

Los reyes que gobiernan las naciones llevan sobre su cabeza una corona engastada de perlas y en las manos un artístico cetro de oro. El rey que gobierna el hogar con el

suave cetro de la sabiduría y del amor, lleva sobre su cabeza una corona mejor: una diadema imperecedera adornada con las resplandecientes virtudes de su esposa.

No olvidéis; queridos amigos míos, este dicho de las Escrituras: «La casa de los impíos será asolada; mas florecerá la tienda de los justos.» Prov. 14:11. Razón sobrada tuvo pues, el célebre Quevedo al decir: «No hay más pérdida que apartarse de Dios, ni más ganancia que volverse a él.» De consiguiénte, un hogar sin Dios es una tremenda barrancota; y un hogar con Dios, el máspreciado capital. El hogar de los impíos, no es un hogar; es la antesala del infierno. El de los piadosos es un fragmento del cielo en la tierra de los hombres. Una familia sin Dios es como un astro apagado y frío, un manantial cegado; un campo lleno de abrojos. En cambio, una familia, cuyo jefe y compañero sea Jesucristo, es un astro tan resplandeciente como la estrella de la mañana, una fuente de inagotable y vivificante caudal y un hermosísimo jardín donde se producen todos los frutos del Espíritu Santo.

Deseando ardientemente que el Padre Celestial derrame continuamente sus más ricas bendiciones sobre vuestro hogar, os saluda con verdadera simpatía su amigo que os distingue y quiere,

ABELARDO M. DÍAZ.



La Religión del "¡Qué Dirán!"

Es atroz la influencia que el «¡qué dirá la gente!» tiene sobre la inmensa mayoría de la humanidad.

«¡Qué dirá la gente!» es un estribillo tan común, que ya causa hastío. ¡Y si no fuese más que estribillo! Pero es que se convierte en un lazo esclavizador y degradante, que pasa por encima de las cosas más sagradas.

«¡Qué dirá la gente!» piensa una niña que no tiene los medios para comprarse un sombrero nuevo, y obliga a su mamá a adeudarse para comprárselo.

«¡Qué dirá la gente!» dice una señora, y sin preocuparse de las apreturas de su esposo, compromete el sueldo de dos meses para un abono de teatro.

«¡Qué dirá la gente exclama un empleado que ha sido invitado a una fiesta, y va y mal-